ACTO QUINTO, ESCENA III.

D. GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS.

EL

DELINCUENTE HONRADO.

PERSONAS.

DON JUSTO DE LARA, ALCALDE DE CASA Y CORTE.
DON SIMON DE ESCOBEDO, CORREGIDOR DE SEGOVIA, Y PADRE DE
DOÑA LAURA, VIUDA DEL MARQUÉS DE MONTILLA, Y ESPOSA ACTUAL DE
DON TORCUATO RAMIREZ, HIJO NATURAL DESCONOCIDO DE DON JUSTO.
DON ANSELMO, AMIGO DE DON TORCUATO.
DON CLAUDIO, ESCRIBANO, OFICIAL DE LA SALA.
DON JUAN, MAYORDOMO DE DON SIMON.
FELIPE, CRIADO DE DON TORCUATO.
EUGENIA, CRIADA DE DOÑA LAURA.
UN ALCALDE, DOS CENTINELAS, TROPA Y MINISTROS DE JUSTICIA.

La escena se supone en el alcázar de Sejovia.

FL DRPS FA/0632
0500767778

ACTO PRIMERO.

El teatro representa el estudio del corregidor, adornado sin ostentacion. A un lado se verán dos estantes con algunos librotes viejos, todos en gran folio y encuadernados en pergamino. Al otro habrá un gran bufete y sobre él varios libros, procesos y papeles.

ESCENA PRIMERA.

TORCUATO *sentado acaba de cerrar un pliego, le guarda, y se levanta con semblante inquieto.*

TORCUATO.

No hay remedio: ya es preciso tomar algun partido. Las diligencias que se practican son muy vivas, y mi delito se v á descubrir... ¡Ay Laura! ¿qué dirás cuando sepas que he sido el matador de tu primer esposo? ¿podrás tú perdonarme?... Pero mi amigo tarda, y yo no puedo sosegar un momento. (*Vuelve á sentarse; toma un libro, empieza á leer y le deja al punto.*) ¡Este ministro que ha venido al seguimiento de la causa es tan activo!... ¡Ah! ¿en dónde hallaré un asilo contra el rigor de las leyes?... Mi amor y mi delito me seguirán á todas partes... pero Felipe viene.

ESCENA II.

TORCUATO *y* FELIPE.

FELIPE.

Señor.

TORCUATO.

Pues: ¿y don Anselmo?

FELIPE.

Viene al instante. ¡Oh qué trabajo me costó despertarle! Cuando entré en su cuarto estaba dormido como un tronco; pero le hablé tan recio, metí tanta bulla, y di tales tirones de la ropa de su cama, que hubo de volver de su profundo letargo, y me dijo que venia corriendo. Ya yo me volvia muy satisfecho de su respuesta, cuando veo que dando una vuelta al otro lado se echó á roncar como un prior, con que me quité de ruidos, y con grandísimo tiento le fuí poco á poco incorporando: le arrimé las calcetas, ayudéle á vestirse, y gracias á Dios le dejo ya con los huesos en punta.

TORCUATO.

Muy bien. ¿Y has sabido si tendremos carruaje?

FELIPE.

¿Carruaje? cuantos pidais. Mientras la corte está en San Ildefonso, no hay cosa mas de sobra en Segovia: pero como yo no sabia á donde era nuestro viaje, no me atreví á ajustar alguno. Si vamos á Madrid, tendremos retornos á docenas. El coche que trajo el alcalde de corte, aun no se ha ido, y se podrá ajustar barato. ¡Ah señor! (Me acuerdo ahora por el alcalde de corte) ¿no sabeis lo que hay de nuevo?... (*Torcuato nada responde.*) Acaban de traer á la cárcel á Juanillo el criado del marqués. (*Torcuato se inmuta.*) ¡Pobrete! ahora tendrá que confesar de plano, si no quiere cantar en el ansia. Dicen que sabe cuanto pasó en el desafío de su amo. Pardiez, él será muy tonto en no desembuchar cuanto ha visto.

TORCUATO.

(*Ap.*) Ya el riesgo es mas urgente... Felipe.

FELIPE.

Señor.

TORCUATO.

Haz que mis vestidos se pongan en los baules: á Eugenia que te entregue toda mi ropa blanca; y date prisa, porque nuestro viaje es pronto, y durará algunos dias.

FELIPE.

(*Ap.*) Aquí hay algun misterio. (*Anda por el cuarto poniendo en órden los muebles, y recogiendo alguna ropa de su amo que habrá sobre ellos.*)

TORCUATO.

Aun no parece Anselmo... (*Sacando el reloj.*) Las siete y cuarto. ¡Qué tardo pasa el tiempo sobre la vida de un desdichado!

FELIPE.

(*Sin dejar su ocupacion.*) ¿Tan recien casado hacer un viaje?... ¡El está tan triste!... ¿Qué diablos tendrá?

TORCUATO.

Acaso juzgará intempestiva mi resolucion. ¡Ah! no sabe toda la afliccion de mi alma.

FELIPE.

(*Mirando á su amo.*) ¡Tiene un genio tan reservado!...

TORCUATO.

Ya parece que viene.

FELIPE.

No quiero interrumpirlos.

TORCUATO.

Cuidado con lo que te tengo prevenido. Si álguien me buscare, que no estoy en casa, y si don Simon preguntase por mí, que estoy escribiendo.

ESCENA III.

ANSELMO *y* TORCUATO.

ANSELMO.

A fe, amigo mio, que me has hecho bien mala obra. ¡Dejar la cama á las siete de la mañana!... Hombre, no lo haria ni por una duquesa. Mas tu recado fué tan ejecutivo... (*Despues de alguna pausa.*) Pero Torcuato, tú estás triste... Tus ojos... Vaya, ¿apostemos á que has llorado?

TORCUATO.

En mi dolor apenas he tenido ese pequeño desahogo.

ANSELMO.

¿Desahogo? ¿Las lágrimas?... No lo entiendo. ¿Pues qué, un hombre como tú no se correria?...

TORCUATO.

Si las lágrimas son efecto de la sensibilidad del corazon, desdichado de aquel que no es capaz de derramarlas!

ANSELMO.

Como quiera que sea, yo no te comprendo. Torcuato, tus ojos están hinchados, tu semblante triste, y de algunos dias á esta parte noto que has perdido tu natural alegría. ¿Qué es esto? cuando debieras... Hombre, vamos claros: ¿quieres que te diga lo que he pensado? tú acabas de casarte con Laura, y por mas que la quieras, tener una mujer para toda la vida: sufrir á un suegro viejo é impertinente: empezar á sentir la falta de la dulce libertad, y el peso de las obligaciones del matrimonio, son sin duda para un jóven graves motivos de tristeza; y vé aquí á lo que atribuyo la tuya. Pero si esta es la causa, tú no tienes disculpa, amigo mio, porque te la has buscado por tu mano. Por otra parte Laura es virtuosa, es linda, tiene un genio dócil y amable, te quiere mucho; y tú que has sido siempre derretido, creo que no la vas en zaga. Sobre todo, (*Viendo que no le responde.*) Torcuato, tú no debes afligirte por frioleras: goza con sosiego de las dulzuras del matrimonio, que ya llegará el dia en que cada cual tome su partido.

TORCUATO.

¡Ay Anselmo! Esas dulzuras, que pudieran hacerme tan dichoso, se van á cambiar en pena y desconsuelo: yo las voy á perder para siempre.

ANSELMO.

¿A perderlas? ¿pues qué?.. ¡Ah!... (*Dándose una palmada en la frente.*) Ahora me acuerdo, que tu criado me dijo no sé qué de un viaje... pero yo estaba tan dormido...

TORCUATO.

Tú eres mi amigo, Anselmo, y voy á darte ahora la última prueba de mi confianza.

ANSELMO.

Pues sea sin preámbulos, porque los aborrezco. ¿Puedo servirte en algo? mi caudal, mis fuerzas, mi vida, todo es tuyo: dí lo que quieres, y si es preciso...

TORCUATO.

Ya sabes que fuí autor de la muerte del marqués de Montilla, y que este funesto secreto, que hoy llena mi vida de amargura, se conserva entre los dos.

ANSELMO.

Es verdad: pero en cuanto al secreto no hay que recelar. Tú sabes tambien cuanto hice con Juanillo, el criado del marqués, para alejar toda sospecha; pues aunque solo tenia algunos antecedentes del desafío, yo le gratifiqué, le traspuse á Madrid, donde nadie le conoce, y mi amigo el marqués de la Fuente está encargado de observar sus pasos. No, lejos de pensar en tí ese bribon, tal vez creerá... pero no hablemos de eso, porque no es posible...

TORCUATO.

¡Ay Anselmo! ¡cuánto te engañas! Ese criado está en las cárceles de Segovia.

ANSELMO.

¿Cómo? ¿Juanillo? ¿Juanillo?... Pero el marqués no me avisaria?...

TORCUATO.

Tal vez no lo sabe, porque todo se ha hecho con el mayor secreto. Desde que de órden del rey vino á continuar la causa el alcalde don Justo de Lara, es infinito lo que se ha adelantado. Aun no há seis dias que está en Segovia, y quizá sabe ya todos los lances que precedieron al desafío. El tomó por sí mismo informes y noticias: examinó testigos, practicó diligencias, y procediendo siempre con actividad y sin estrépito, logró descubrir el paradero de Juanillo: despachó posta á Madrid, y le hizo conducir arrestado. Antes de su arribo vivíamos sin susto. El alcalde mayor, que previno esta causa, se afanó mucho al principio por descubrir el agresor; pero solo pudo tomar algunas señas por aquellos soldados que nos vieron reñir; y contentándose con despachar las requisitorias de estilo, cesó en la continuacion del sumario, y le dejó dormir. Pero la corte, que cuando el desafío estaba, como ahora, en San Ildefonso, esperaba con ansia las resultas de este negocio. Las recientes pragmáticas de duelos, las instancias de los parientes del muerto, y la cercanía de esta ciudad al Sitio, interesaron al gobierno en él, y de aquí resultó la comision de este ministro, cuya actividad... ¿quién sabe si á la hora de

esta mi nombre?... Ya ves, Anselmo, que en tal conflicto no me queda otro recurso que la fuga. Estoy determinado á emprenderla; pero no he querido hacerlo sin avisarte.

ANSELMO.

Cuanto me dices me deja sorprendido. Estaba yo tan descuidado en este punto... Pero Juamillo ignora absolutamente que tú fueses el matador de su amo... Y quién sabe si esta ausencia precipitada hará sospechar?... Por otra parte la fuga es un recurso tan arriesgado... tan poco honroso...

TORCUATO.

Y piensas tú que cuando recurro á ella, lo hago por evitar el castigo? ¡Ah! en el conflicto en que me hallo, la muerte fuera dulce á mis ojos! Pero si se descubre mi delito, ¿cómo sufriré la presencia de don Simon, mi bienhechor, á quien ofendí tanto? La de Laura, á quien hice verter tan tiernas lágrimas sobre el sepulcro de su esposo, y á quien despues hice el atroz agravio de ocultarle mi delito? ¡Ah! yo llené sus corazones de luto y desconsuelo: yo desterré de esta casa el gusto y la alegría; y yo, en fin, turbé la paz de una familia virtuosa, que, sin mi delito, gozaria aun del sosiego mas puro. Este remordimiento llenará mi alma de eterna amargura. Sí, amigo, mio, lejos de Laura y de su padre, buscaré en mi destierro el castigo de que soy digno: y al fin me hallará la muerte donde nadie sea testigo de mi perfidia y mis engaños.

ANSELMO.

¡Ay Torcuato! el dolor te enajena, y te hace delirar. ¿Qué quiere decir mi delito, mi perfidia, mis engaños? ¿Acaso lo que has hecho merece esos nombres? Es verdad que has muerto al marqués de Montilla: pero lo hiciste insultado, provocado y precisado á defender tu honor. El era un temerario, un hombre sin seso. Entregado á todos los vicios, y siempre enredado con tahures y mujercillas: despues de haber disipado el caudal de su esposa pretendió asaltar el de su suegro, y hacerte cómplice en este delito. Tú resististe sus propuestas: procuraste apartarle de tan viles intentos, y no pudiendo conseguirlo avisaste á su suegro para que viviese con precaucion: pero sin descubrirle á él. Esta fué la única causa de su enojo. No contento con haberte insultado y ultrajado atrozmente te desafió varias veces. En vano quisiste satisfacerle y templarle: su temeraria importunidad te obligó á contestar. No, Torcuato, tú no eres reo de su muerte: su genio violento le condujo á ella. Yo mismo vi que mientras el marqués como un leon furioso buscaba tu corazon con la punta de su espada, tú reportado y sereno pensabas solo en defenderte; y sin duda no hubiera perecido, si su ciego furor no le hubiese precipitado sobre la tuya. En cuanto á tu silencio, no me has dicho que don Simon, prendado de tu juiciosa conducta, movido de su antigua amistad con tu tia doña Flora Ramirez, y cierto de tu inclinacion á Laura, te la ofreció en matrimonio? ¿Hiciste otra cosa que aceptar esta oferta? ¿Y qué? despues de lo que debes á esta familia, pudieras despreciarla sin agraviar al amor, al reconocimiento y á la hospitalidad? No, amigo mio, no: tú tomarás el partido que te acomode, pero tu interior debe estar tranquilo.

TORCUATO.

(*Con viveza.*) ¿Tranquilo, despues de haber engañado á Laura? ¡Eh! ¡su corazon no merecia tal perfidia! Yo la entregué una mano manchada en la sangre de su primer esposo: la ofrecí un alma señalada con el sello de la iniquidad; y la consagré una vida envilecida con el trato de este crimen, que me hace deudor de un escarmiento á la sociedad, y siervo de la ley. ¡Qué de agravios contra el amor y la virtud de una desdichada! No, Anselmo, yo no podré sufrir su vista: no hay remedio, voy á ausentarme de ella para siempre.

ANSELMO.

Amigo mio, yo no puedo aprobar un partido tan peligroso: pero si tú estás resuelto á marchar, yo debo estarlo a servirte. ¿Quieres que te siga? ¿que vayamos juntos hasta los desiertos de Siberia? ¿quieres?...

TORCUATO.

No, Anselmo; conviene que te quedes. Yo necesito aquí de un fiel amigo, que me envie noticias de mi esposa, y se las dé de mi destino. No: porque pienso en ocultar á Laura mi resolucion. No: este nuevo engaño me haria indigno de su memoria, y de la luz del dia. Aunque haya de serle amarga la noticia de mi separacion, quiero que la deba á mi franqueza y fidelidad, y remediar de algun modo mis antiguas reservas.

ANSELMO.

Pues bien; ¿y cuándo piensas?...

TORCUATO.

Despues de comer. He pretextado un viaje de pocos dias á Madrid para deslumbrar á mi suegro, y aun no le dije cosa alguna. En cuanto á mis intereses y negocios este pliego te dirá lo que debes hacer. Contiene una instruccion puntual conforme á mis intenciones, y un poder general de que podrás valerte cuando llegare el caso. Sobre todo, querido amigo, te recomiendo á Laura. En ella te dejo mi corazon: procura consolarla... ¡Ah! ¡cómo podrá consolarse su alma desdichada!

ANSELMO.

(*Enternecido.*) Mi buen amigo, lejos de tí tambien yo habré menester de consuelo, y no le hallaré en parte alguna. ¡Cuánto me duele tu amarga situacion! ¡qué amigo! ¡qué consolador! ¡qué compañero voy á perder con tu ausencia! ¡Pero te has empeñado en afligirnos... En fin, cuenta con mi amistad, y con el puntual desempeño de tus encargos. ¡Ah! si fuese capaz de mejorar tu suerte!

TORCUATO.

(*Abatido.*) El cielo me ha condenado á vivir en la adversidad. ¡Qué desdichado nací! Incierto de los autores de mi vida, he andado siempre sin patria ni hogar propio; y cuando acababa de labrarme una fortuna que me hacia cumplidamente dichoso, ¡quiere mi mala estrella!... Pero, Anselmo, no demos ocasion en la familia... Felipe vuelve... Aun nos veremos antes de mi partida.

ANSELMO.

Sí: tengo que volver á cumplimentar á ese ministro: entonces hablaremos. Adios.

ESCENA IV.

TORCUATO *y* FELIPE.

TORCUATO.

(*Con serenidad.*) ¿Han preguntado por mí?

FELIPE.

El señor don Simon, y con algun cuidado. Dijo que iba á misa, y que volvia al instante. Tambien preguntó mi ama: díjele que estabais con vuestro amigo.

TORCUATO.

(*Inquieto.*) ¿Cómo? ¿pues no te previne?...

FELIPE.

Vos no me prevenisteis que callase...

TORCUATO.

(*Con seriedad.*) Anda á ver si hay algun coche para Madrid, y ajústale para despues de mediodia. ¿Entiendes?

FELIPE.

Muy bien, señor. ¡Qué mal humor tiene!

ESCENA V.

SIMON *y* TORCUATO.

SIMON.

¿Qué viaje es este, Torcuato? Tú traes á Felipe alborotado con tu viaje, y no me has dicho cosa alguna. Tampoco Laura...

TORCUATO.

Perdonad si no he solicitado antes vuestro permiso. ¡Andais tan ocupado con el huésped! Cuando me vestí aun dormia Laura, y por no incomodarla... Y sabeis que por muerte de mi tia quedaron en Madrid aquellos veinte mil pesos... Yo quisiera pasar á recogerlos.

SIMON.

Me parece muy bien. Pero me haces tanta falta para acompañar á este ministro... El gusta tanto de tu conversacion...

TORCUATO.

En todo caso estoy pronto á complaceros: si os parece...

SIMON.

No, hijo mio, haz tu viaje, y procura volver cuanto antes. Laura sin tí no vivirá contenta, ni yo puedo pasar sin tu ayuda, porque las ocupaciones son muchas, y el trabajo excesivo me aflige demasiado. ¡Ah! en otro tiempo... Pero ya soy muy viejo... A propósito: ¿qué te parece de este don Justo?

TORCUATO.

Jamás traté ministro alguno que reuna en sí las cualidades de buen juez en tan alto grado. ¡Qué rectitud! ¡Qué talento! ¡Qué humanidad!

SIMON.

Pero, hombre, es tan blando, tan filósofo... Yo quisiera á los ministros mas duros, mas enteros. Me acuerdo que le conocí en Salamanca de colegial, y á fe que entonces era bien enamorado. Pero, hijo mio, si tú hubieras alcanzado á los ministros de mi tiempo!... ¡Oh! ¿aquellos sí que eran hombres en forma? ¡Qué teoricones! ¡Cada uno era un Digesto vivo! ¿Y su entereza? Vaya, no se puede ponderar. Entonces se ahorcaban hombres á docenas.

TORCUATO.

Habria mas delitos.

SIMON.

¿Mas delitos que ahora? Pues ¿no ves que estamos rodeados de ladrones y asesinos?

TORCUATO.

¿Segun eso habria menos conocimiento de las leyes?

SIMON.

¿De las leyes? ¡bueno! ahí están los comentarios que escribieron sobre ellas: míralos, y verás si las conocieron. Hombre hubo que sobre una ley de dos renglones escribió un tomo en folio. Pero hoy se piensa de otro modo. Todo se reduce á libritos en octavo, y no contentos con hacernos comer y vestir como los extranjeros, quieren tambien que estudiemos y sepamos á la francesa. ¿No ves que solo se trata de planes, métodos, ideas nuevas?... ¡Así anda ello! ¿Querrás creerme, que hablando la otra noche don Justo de la muerte de mi yerno, se dejó decir que nuestra legislacion sobre

os duelos, necesitaba de reforma; y que era una cosa muy cruel castigar con la misma pena al que admite un desafio, que al que le provoca? ¡Mira tú qué disparate tan garrafal! ¡Cómo si no fuese igual la culpa de ambos! Que lea, que lea los autores, y verá si encuentra en alguno tal opinion.

TORCUATO.

No por eso dejará de ser acertada. Los mas de nuestros autores se han copiado unos á otros, y apenas hay dos que hayan trabajado seriamente en descubrir el espíritu de nuestras leyes. ¡Oh! en esa parte lo mismo pienso yo que el señor don Justo.

SIMON.

Pero hombre...

TORCUATO.

En los desafios, señor, el que provoca es por lo comun el mas temerario, y el que tiene menos disculpa. Si está injuriado, ¿por qué no se queja á la justicia? Los tribunales le oirán, y satisfarán su agravio segun las leyes. Si no lo está, su provocacion es un insulto insufrible; pero el desafiado...

SIMON.

Que se queje tambien á la justicia.

TORCUATO.

¿Y quedará su honor bien puesto? El honor, señor, es bien que todos debemos conservar, pero es un bien que no está en nuestra mano, sino en la estimacion de los demás. La opinion pública le da y le quita. ¿Sabeis que quien no admite un desafio, es al instante tenido por cobarde? Si es un hombre ilustre, un caballero, un militar, ¿de qué le servirá acudir á la justicia? La nota que le impuso la opinion pública, ¿podrá borrarla una sentencia? Yo bien sé que el honor es una quimera: pero sé tambien que sin él no puede subsistir una monarquía, que es alma de la sociedad: que distingue las condiciones y las clases: que es principio de mil virtudes políticas; y en fin, que la legislacion, lejos de combatirle, debe fomentarle y protegerle.

SIMON.

¡Bueno, muy bueno! discursos á la moda, y opinioncitas de ayer acá: déjalos correr y que se maten los hombres como pulgas.

TORCUATO.

La buena legislacion debe atender á todo sin perder de vista el bien universal. Si la idea que se tiene del honor no parece justa, al legislador toca rectificarla. Despues de conseguido se podrá castigar al temerario que confunda el honor con la bravura. Pero mientras duren las falsas ideas, es cosa muy terrible castigar con la muerte una accion que se tiene por honrada.

SIMON.

Segun eso al retado que mata á su enemigo se le darán las gracias. ¿No es verdad?

TORCUATO.

Si fué injustamente provocado: si procuró evitar el desafío por medios honrados y prudentes: si solo cedió á los ímpetus de un agresor temerario, y á la necesidad de conservar su reputacion, que se le absuelva. Con eso nadie buscará la satisfaccion de sus injurias en el campo, sino en los tribunales; habrá menos desafíos, ó ninguno; y cuando los haya, no reñirán entre sí la razon y la ley, ni vacilará el ánimo del juez sobre la suerte de un desdichado... Pero, señor, Laura estará impaciente... Si os parece...

SIMON.

Sí, sí; vamos allá. (*Se va y vuelve.*) ¡Ah! ¿sabes que han preso á Juanillo? ¡No! ¡don Justo adelanta terriblemente en la causa! Tanto como eso es menester confesarlo: él es activo como un diablo. (*Yéndose.*)

ESCENA VI.

TORCUATO.

(*Paseándose.*) En fin, voy á alejarme para siempre de esta mansion que ha sido en algun tiempo teatro de mis dichas, y fiel testigo de mis tiernos amores. ¡Con cuánto dolor me separo de los objetos que le habitan! Errante y fugitivo, tus lágrimas, oh Laura, estarán siempre presentes á mis ojos, y tus justas querellas resonarán en mis oidos! ¡Alma inocente y celestial! ¡Cuánta amargura te va á costar la noticia de mi ausencia! Tú has perdido un esposo que ni te amaba, ni te merecia; y ahora vas á perder otro que te idolatra, pero que te merece menos, pues te ha conseguido por medio de un engaño! (*Despues de alguna pausa.*) ¿Y á dónde iré á esconder mi vida desdichada?... Sin patria, sin familia, prófugo y desconocido sobre la tierra, donde hallaré refugio contra la adversidad. ¡Ah! la imágen de mi esposa ofendida y los remordimientos de mi conciencia me afligirán en todas partes.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

SIMON, TORCUATO, LAURA *y* EUGENIA. *El teatro representa una sala decentemente adornada. A un lado estará Laura haciendo labor: á alguna distancia Torcuato con aire triste, y extremamente inquieto: Eugenia, en pié, detrás de la silla de su amiga; y Simon se pasea por el frente de la escena.*

SIMON.

Y bien, Torcuato, ¿piensas estar en Madrid muchos dias?

TORCUATO.

El asunto de que os hablé pudiera despacharse en pocas horas; pero las gentes de comercio son tan prolijas, y gastan tantas formalidades...

SIMON.

¡Oh! eso de soltar dinero á nadie le gusta.

LAURA.

(*A Eugenia.*) ¡Están ya compuestos los baules?

EUGENIA.

Sí señora, ya están cerrados, y Felipe ha recogido las llaves.

LAURA.

¿Qué ropa blanca has puesto en ellos?

EUGENIA.

Toda la de mi señor.

LAURA.

(*Con alguna admiracion.*) ¿Toda?

EUGENIA.

Felipe me lo dijo.

TORCUATO.

Sí, yo se lo previne. Aunque deseo que mi vuelta sea breve, ¿qué sabemos lo que podrá suceder?

LAURA.

¡Yo estoy sin sosiego! Este viaje tan repentino... Su tristeza... Las expresiones que me dijo anoche... Todo me inquieta!

TORCUATO.

(*Mirándola.*) ¡Qué afligida está Laura! ¡Ah! Si supiera la noticia que le preparo!

SIMON.

(*Siempre paseándose.*) Este don Justo toma las cosas con un calor... Desde las siete de la mañana está zampado en la cárcel. Quizá tendrá órdenes tan estrechas. ¡Oh! La corte quiere que se hagan las cosas á galope tendido. (*Mirando á Laura y Torcuato.*) Pero mis hijos están tristes... ¿Si será por el viaje? ¡Eh! mimos de recien casados.

TORCUATO.

(*Con inquietud.*) Si este hombre no se va, yo no podré decírselo.

SIMON.

Laura, ¿qué es eso? Tú estás triste. Tambien lo está Torcuato. ¿Qué? ¿un viajecillo de pocos dias puede turbar vuestro buen humor?

TORCUATO.

Para dos corazones que se aman, la menor ausencia, señor, es un mal grave. Como cuentan sus gustos por momentos, cualquiera tiempo, cualquiera distancia que los separe, los aflige.

LAURA.

(*Con énfasis.*) Añadid al que se queda la incertidumbre, y vereis cuánto es mas justo su dolor.

SIMON.

¡Bueno! ¡lindo! no lo dijeran mejor dos amantes de Calderon. Ea, niña, no te vayas haciendo melindrosa. Que tu marido vaya y venga á sus negocios cuando le acomode, que harto tiempo os queda para vivir juntos.

TORCUATO.

(*Ap.*) ¡Pluguiera al cielo!

SIMON.

(*A Laura.*) Mira si quieres que te traiga algo de Madrid, y díselo.

LAURA.

(*Mirando á Torcuato con ternura.*) Solo quiero que vuelvas pronto.

TORCUATO.

¡Ah! ¡Cómo podré dejarla!

ESCENA II.

JUAN *y los* DICHOS.

JUAN.

(*A Simon.*) Señor, el ministro Garroso dice que os quiere hablar: ha hecho no sé qué prisiones...

SIMON.

(*Siempre paseándose.*) Algunos raterillos: ¿eh?

JUAN.

Dice que son gitanos.

SIMON.

Eso es peor, dile que voy allá... Pero mira:

que antes avise á mi alcalde mayor, y que luego vuelva. ¡Gitanos!... ¡Fuego!

JUAN.

(*Se va y vuelve.*) ¡Ah! señor... Tambien ha estado aquí aquel don Vicente...

SIMON.

¡Litigante eterno! ¿Y qué le has dicho?

JUAN.

Que estabais ocupado.

SIMON.

Lindamente. El solo viene á quitarme el tiempo, como si yo no tuviese que hacer mas que atender á su pleito.

TORCUATO.

(*Ap.*) (*Juan se va.*) ¡Infeliz! ¡Acaso penderá de este pleito la subsistencia de su familia!

ESCENA III.

FELIPE *y los* DICHOS.

FELIPE.

(*A Torcuato.*) Ya está ahí el carruaje, señor.

LAURA.

¡Tan temprano! Aun no hemos comido.

SIMON.

Tanto peor para ellos. Que se aguarden.

TORCUATO.

(*A Felipe.*) Has que entretanto se vayan poniendo los cofres en la zaga. (*Se va Felipe.*)

ESCENA IV.

JUAN *y los* DICHOS.

JUAN.

El señor don Justo envia á decir, que si acaso no está aquí al mediodia no se le aguarde á comer.

SIMON.

Pardiez que lo ha tomado bien de asiento. Voyme á trabajar á mi despacho: si acaso viniere, que me avisen; y si tardare demasiado, que nos dén de comer.

LAURA.

(*A Eugenia.*) Vé tú, Eugenia, á disponer lo que te tengo prevenido; y haz que dén de comer á Felipe, para que no haga falta á su amo.

ESCENA V.

TORCUATO *y* LAURA.

LAURA.

(*Mirando á Torcuato.*) Al fin nos han dejado solos: veamos lo que dice.

TORCUATO.

(*La mira, levanta los ojos al cielo y suspira.*) ¡Ah!

LAURA.

¡Qué afligido está! No me atrevo á preguntarle... Pero es preciso salir de tantas dudas. (*Con serenidad.*) Torcuato, este viaje que vas á hacer te tiene muy inquieto: yo lo conozco en tu semblante, y no sé como una ausencia de tan pocos dias, y que por otra parte es voluntaria, te puede costar tanto desasosiego.

TORCUATO.

(*Se levanta mirando á todas partes.*) ¡Ah! ¿cómo se lo diré?

LAURA.

(*Asustada.*) Pero ¿qué es esto, Torcuato? ¿Tú suspiras? ¿Nada me respondes? (*Levantándose.*) Querido esposo...

TORCUATO.

(*Con pasion.*) ¡Ah! ¡Laura!

LAURA.

(*Con blandura.*) Querido amigo, ¿qué es esto? ¿Tú desconfias de tu esposa? Puede haber en tu pecho alguna pena de que Laura no participe? ¡Ah! yo he perdido tu confianza... Sí, tú me aborreces.

TORCUATO.

¿Yo aborrecerte? ¡Oh Dios! No, tierna esposa, no: jamás mi corazon te ha querido con mas ardor, ni con mayor ternura.

LAURA.

(*Con inquietud.*) Pues bien, ¿qué es lo que te aflige?

TORCUATO.

(*Con extremo dolor.*) El temor de perderte.

LAURA.

(*Con sobresalto.*) ¿De perderme?

TORCUATO.

(*Como arriba.*) Sí, Laura mia, y de perderte para siempre.

LAURA.

(*Asustada.*) ¡Oh Dios! ¡Qué oigo!

TORCUATO.

Mi corazon, querida esposa, no siente sus tormentos, es muy digno de los que sufre, y de los que le aguardan. Pero la afliccion que te preparo... ¡Ah! Esto, esto es lo que me tiene sin sentido!

LAURA.

(*Con resolucion.*) Ahora bien, Torcuato, el cielo por rumbos muy extraños me ha conducido hasta tu lecho. Mil veces me has oido, que vivo contenta en este destino, y que en él he encontrado mi felicidad. Desde que un santo nudo unió nuestros corazones, nuestros gustos y nuestras penas deben ser comunes; y si yo fuese capaz de ocultarte algunos de mis cuidados, creeria faltar á la felicidad que te debo. Háblame claro: descúbreme tu alma, y líbrame de las angustias en que me tiene tu silencio.

TORCUATO.

Sí, Laura mia: voy á satisfacer ese justo deseo. Tu virtud y tu candor lo merecen; y, ojalá mi corazon les hubiese hecho en otro tiempo tanta justicia como ahora. Pero ya no hay remedio... Preven el tuyo para el terrible golpe, que va á descargar en él este bárbaro esposo... ¡Ah! ¡Cuánto dolor me cuesta el afligirte!

LAURA.

(*Sobresaltada.*) Mi alma se estremece al escucharte.

TORCUATO.

Ya ves con cuánto ardor se busca al matador de tu primer marido, y cuántas y cuán vastas diligencias se practican por descubrirle. El brazo de la justicia está levantado contra su vida miserable; el soberano ha empeñado su augusto nombre en esta pesquisa; tu padre y los parientes del muerto están sedientos de su sangre; y tal vez tú misma ofreces el deseo de su muerte á la misma memoria de tu primer amor. Pues este delincuente, este hombre proscrito, desdichado, aborrecido de todos y perseguido en todas partes... soy yo mismo.

LAURA.

(*Cae sobre su silla.*) ¡Oh cielo!

TORCUATO.

Sí, adorada Laura, yo soy ese objeto miserable de la ira del cielo y de los hombres; y, sin embargo, viviria tranquilo si no mereciese serlo tambien de la tuya... Pero yo te he ofendido, y lo conozco. Ocultándote mi situacion, hice á tu alma inocente el mas atroz agravio, y esto solo me hace digno de los mayores suplicios. No: la muerte de tu esposo fué de mi parte un delito involuntario. El cielo nos es testigo de cuanto hice por evitarla. Pero mi silencio... mi perfidia... haberte engañado... ¡Ah! En vano querrá perdonarme tu alma virtuosa: yo no puedo perdonarme á mí mismo.

LAURA.

(*Con sumo abatimiento.*) Mujer desventurada, ¡qué es lo que acabas de saber!

TORCUATO.

(*Con despecho.*) Pero, Laura, consuélate; yo voy á vengarte. No, mi perfidia atroz no quedará sin castigo. Voy á huir de tí para siempre, y á esconder mi vida detestable en los horribles climas donde no llega la luz del sol, y donde reina siempre el horror y la oscuridad. Y no creas que voy huyendo de la muerte. ¿Qué hay en ella de horrible para los desdichados? ¡Ah! lejos de tu vista, el dolor de haberte ofendido será para mi alma un suplicio mas duro y mas terrible que la muerte misma.

LAURA.

(*Abatida.*) Buen Dios, ¡por qué delito castigas á esta desdichada!

TORCUATO.

¡Triste esposa! Yo soy el único autor de tus desdichas... Soy un monstruo que está envenenando tu corazon, y llenándole de amargura. ¡Ah! ¡mi silencio!... A lo menos si despues de perderla conservase su estimacion...

ESCENA VI.

FELIPE *y los* DICHOS.

FELIPE.

(*Asustado.*) Señor, señor...

TORCUATO.

¿Qué? ¿qué quieres?

FELIPE.

Acaban de traer preso al señor don Anselmo á una de las torres de este alcázar. Yo estaba sobre el foso disponiendo las zagas, y le ví entrar. Tambien me vió su merced, y me dijo al paso: Corre, Felipe, corre, dile á tu amo lo que pasa; que vaya sin cuidado; que no se detenga, y que me escriba desde Madrid.

TORCUATO.

(*Con notable admiracion y susto.*) ¡Oh, Dios! ¡qué golpe tan terrible!

FELIPE.

Dicen los que le trajeron, que es quien mató al señor marqués, y que Juanillo lo ha declarado.

TORCUATO.

Bien está; vete. (*Se va Felipe.*)

ESCENA VII.

TORCUATO *y* LAURA.

TORCUATO.

(*Resolviéndose, despues de una gran pausa.*) No; yo no sufriré que padezca un momento por mi causa. El está inocente, y voy á socorrerle.

LAURA.

(*Deteniéndole.*) ¡A socorrerle! ¿Y podrás hacerlo sin exponer tu vida?

TORCUATO.

Pero, Laura, ¿cómo he de sufrir que padezca mi amigo por mi culpa? ¿Le veré arrestado, deshonrado, y tenido por delincuente sin correr á ayudarle, siendo el único autor de su calamidad? No, no: voy á delatarme, á librar su preciosa vida, y á morir, pues solo soy digno de este infortunio.

LAURA.

¿Y las lágrimas de tu esposa, hombre cruel, no podrán reprimir tus ímpetus violentos? ¿Quieres exponer mi triste vida á nuevos desconsuelos? Sosiégate, desdichado, y ten compasion de esta infeliz. Don Anselmo está inocente; el cielo velará sobre su vida, y nos dará medios de conservársela. Salva ahora la tuya, pues nos importa tanto. Huye, huye al instante de este funesto clima donde te persigue el infortunio, y deja á nuestro cuidado la libertad de tu amigo.

TORCUATO.

No, querida Laura, no puedo obedecerte. Las cosas han tomado otro cariz, y ya no puedo separarme de aquí sin hacer traicion al mas honrado y digno amigo. Anselmo está preso por mi causa. Conozco su corazon; es incapaz de descubrirme, y antes correrá mil veces á la muerte que contribuya á la desgracia de un amigo. Yo no expondré temerariamente mi vida: no, Laura mia, tú me la haces amable; pero tampoco puedo abandonarle. Voy á enterarme de todo: á poner en salvo su vida y su reputacion; y en fin, si no pudiere conseguirlo, á tomar el partido que me dicten el honor y la amistad.

ESCENA VIII.

LAURA, *sentada y muy afligida.*

Yo no sé dónde estoy... El cielo sin duda se complace en llenar mi corazon de susto y desconsuelo... ¡Desventurada! Aun no há dos horas que gozaba de la dicha mas purá; y ahora, rodeada de aflicciones, me veo expuesta á perder lo que idolatro. ¡Cruel esposo! Tu silencio... ¿Era indigno mi corazon de tu confianza? ¡Ah! ¡si conocieras la ternura con que te ama!... Pero yo soy injusta: tú me amabas tambien; temias perderme; y un exceso de amor te hizo conmigo delincuente... ¿Y sufriré que tu vida en tan urgente riesgo se vea?... (*Levantándose.*) No: corro á defenderte... (*Deteniéndose.*) ¿Y á quién acudiré con mis lágrimas?... Mi padre... ¡Ah! ¿Podrá sufrir mi padre que interceda por el matador de mi esposo? (*Con resolucion.*) ¿Pero este mismo no es mi esposo tambien? Sí: ya reconozco mi primera obligacion. (*Viendo á su padre.*) Padre...

ESCENA IX.

SIMON *y* LAURA.

SIMON.

(*Desde la puerta.*) ¡Vaya, vaya, que la hemos hecho buena! Laura, ¿no sabes lo que pasa? ¡Jesús! ¡Jesús! Estoy aturdido. El amigote de tu marido está en la torre, y dicen es quien mató al marqués. ¿Quién lo creyera? Sobre que no se puede fiar de los hombres! Pero á fe que no le arriendo la ganancia. Ya, ya el amigo don Justo le dirá cuántas son cinco. Que vaya, que vaya ahora á defenderle tu marido con sus filosofías. ¿Qué? no hay mas que andarse matando los hombres por frioleras, y luego disculparlos con opiniones galanas? Todos estos modernos gritan: ¡La razon! ¡la humanidad! ¡la naturaleza! Bueno andará el mundo cuando se haga caso de esas cosas. Pero don Justo...

ESCENA X.

JUSTO, EL ESCRIBANO *y los* DICHOS.

JUSTO.

(*Al escribano, en el fondo.*) Don Claudio, váyase á descansar un rato, y vuelva despues de las dos.

ESCRIBANO.

Señor, las doce han dado ya.

JUSTO.

Y bien: ¿no le bastan dos horas para comer y reposar? Ponga esos papeles sobre mi bufete, y vuelva á la hora que le digo. (*El escribano pasa con los papeles á un cuarto interior, y vuelve á salir por la misma pieza.*)

SIMON.

(*Viéndolo pasar.*) ¡Eh! Yo apuesto á que no va contento. Este bribon querrá trabajar poco, y que la comision dure mucho... Sí, á mí con esas.

ESCENA XI.

JUSTO, SIMON *y* LAURA.

JUSTO.

(*Acercándose.*) ¡Quién podrá reposar tranquilo mientras los infelices maldicen su descanso!

SIMON.

Vaya, señor don Justo, que esta mañana se ha trabajado mucho.

JUSTO.

Sí, amigo, pero se ha adelantado poco.

SIMON.

¡Poco! ¿Pues no habeis atrapado dos reos, que se escaparon á la penetracion de mi alcalde mayor?

JUSTO.

Cierto es; pero si no me engaño, aun estamos muy lejos de la verdad. (*A Laura.*) Señora, ¿por qué estais tan triste?

LAURA.

¿Qué?...

SIMON.

No hagais caso de niñerías. Su marido se va á Madrid por una ó dos semanas, y ved ahí lo que la tiene sin consuelo.

ESCENA XII.

TORCUATO, FELIPE *y los* DICHOS.

FELIPE.

(*A su amo, en el fondo.*) ¿Conque les digo que se vayan?

TORCUATO.

Sí: págales el dia, pues ya no los necesito.

FELIPE.

Jamás le ví tan impertinente. (*Se va Felipe.*)

SIMON.

¿Pues qué, Torcuato, ya no te vas?

TORCUATO.

No, señor: no puedo desamparar á mi amigo.

JUSTO.

Si yo fuese delicado, señor don Torcuato, atribuiria esta ausencia á la incomodidad de mi hospedaje; pero tengo de vos mejor opinion.

TORCUATO.

Señor, las personas de vuestro mérito, lejos de incomodar, hacen dichoso á cualquiera que las obsequia. Un negocio doméstico me obligaba á pasar á Madrid; pero vos me habeis detenido arrestando á un amigo, á quien no puedo desamparar.

JUSTO.

Siempre me es apreciable vuestra compañía; pero no quisiera lograrla á tanta costa. La suerte de don Anselmo me compadece mucho; y la amistad con que le honrais no es lo que menos me interesa en su favor.

TORCUATO.

Nunca tendreis que arrepentiros de haberle honrado con vuestra compasion: pues además de sus buenas cualidades, tiene para merecerla, la de ser inocente. (*Al oir esto se inmuta Laura.*)

JUSTO.

Así lo espero. Su semblante, su compostura, y la serenidad que manifiesta, no son compatibles con una conciencia delincuente. Pero él se ha obstinado en callar cuanto sabe sobre el desafío y muerte del marqués, y esto no se lo perdonarán las leyes.

SIMON.

¡Oh! Cuando lo sabe, y no lo dice, algo será ello. Señor don Justo, no hay que juzgar á los hombres por sus semblantes: reos he visto yo que parecian unos santos, y eran peores que Barrabás.

TORCUATO.

No es Anselmo de ese número; ni es tan fácil á los perversos ocultar la iniquidad de su corazon. En fin, soy su amigo, y debo hacer por él cuanto me permita el honor y la justicia.

JUSTO.

(*Ap.*) ¡Qué juicio! ¡qué compostura! No he visto mozo mas cabal.

ESCENA XIII.

JUAN *y los* DICHOS.

JUAN.

(*En el fondo.*) Señores, la sopa está en la mesa.

SIMON.

¡Santa palabra! Vamos, vamos á comerla antes que se enfrie, que lo demás lo descubrirá el tiempo.

ESCENA XIV.

TORCUATO, *muy pensativo y paseándose.*

TORCUATO.

En fin, ya no hay recurso... Ya no puedo salvar á mi amigo sin exponer mi propia vida. ¡Anselmo tiene contra sí tantas sospechas!...

Si se obstina en callar, sufrirá todo el rigor de la ley... Y tal vez la tortura... (*Horrorizado.*) ¡La tortura!... ¡Oh nombre odioso! ¡nombre funesto!... ¿Es posible que en un siglo en que se respeta la humanidad, y en que la filosofía derrama su luz por todas partes, se escuchen aun entre nosotros los gritos de la inocencia oprimida?... ¿Pero sufriré yo que por mi causa?... No. El honor me sujeta á la dureza de las leyes, y yo seria digno de ella, si le expusiese por evitarla. Perdona, triste Laura, tú, cuyas virtudes eran dignas de suerte mas dichosa, perdona á este infeliz el sacrificio que va á hacer de una vida que es tuya, en las aras del honor y de la amistad.

ACTO TERCERO.

El teatro representa lo mismo que en el acto primero.

ESCENA PRIMERA.

JUSTO, SIMON *y* TORCUATO.

JUSTO.

Sí, señor don Torcuato: quien sabe de los autores de un delito, debe esta triste noticia á la causa pública, y á la seguridad de los demás. Las leyes no pueden castigar los delitos si antes no los prueban. ¿Y cómo los probarán, si miran con indiferencia la ocultacion de la verdad? Así que don Anselmo podrá estar inocente en cuanto al desafío; pero él contesta haber gratificado al criado del marqués, enviádole á Madrid, y mantenídole á su costa hasta el dia; y esto supone que tiene noticia de la ejecucion, y aun del autor del delito. Os aseguro que esto mismo excita mi compasion hácia él, pues conozco que por un efecto de generosidad labra su propia ruina por evitar la de algun otro.

SIMON.

Allá se las avenga; si no quiere padecer, que cante de plano. Tú, hijo mio, ya has abogado bastante en su favor: deja ahora que el señor don Justo haga su oficio, pues sabe lo que se hace.

TORCUATO.

(*A Simon.*) Tambien sé yo lo que me toca hacer por un amigo de cuya inocencia estoy seguro. (*A Justo.*) ¿Y habrá algun inconveniente en que yo le hable?

JUSTO.

No os lo permitirán sin órden mia: pero os la daré, y no habrá embarazo. (*Justo se acerca á la mesa, escribe un papel, le entrega á Torcuato y este se retira.*) (*Viendo ir á Torcuato.*) ¡Cuánto me compadece! La suerte de su amigo le tiene inconsolable. ¡Qué corazon tan honrado!

ESCENA II.

JUSTO *y* SIMON.

JUSTO.

(*Paseándose.*) Mucho me agradan, señor don Simon, el juicio y los talentos de este mozo. La señora Laura será muy dichosa en su compañía.

SIMON.

¡Oh! ella está loca de contenta. Es verdad que salió de un marido tan malo... El marqués era un calaveron de cuatro suelas. ¡Qué malos ratos dió á la muchacha! ¡y qué pesadumbres á mí! A los ocho dias de casado ya no hacia caso de ella, y á los dos meses no tenia del dote ni dos cuartos. Ahí nos engañaron con que sus parientes eran grandes señores en la corte, y nos hicieron creer... ¡Eh! palabrotas de cortesanos, que se llevó el viento. ¡Oh! Torcuato, Torcuato es otra cosa. ¡Qué mujer era su tia! Yo la conocí mucho en Salamanca. A su muerte le dejó una corta herencia: porque siempre le quiso como si fuera su hijo; y aun hubo malas lenguas... Pero era muy virtuosa: Dios la tenga en descanso. En fin las locuras del marqués me dejaron harto de señoritos: con que, por no tropezar con otro, viendo que Laura quedaba viuda y niña, y que Torcuato la tenia inclinacion, se la ofrecí, sin esperar que él la pidiese, y hoy viven ambos dichosos y contentos.

JUSTO.

¿Y no pensais en darle algun destino?

SIMON.

Destino, no señor: soy ya muy viejo, mañana ó esotro me moriré, les dejaré cuanto tengo, y con ello podrán vivir sin quebraderos de cabeza. ¿Destino? ¡Buena es esa! Los hombres de empleo no sosiegan un instante. Yo no sé cómo pretenden los que tienen con que pasar. Y luego se premia tan mal...

JUSTO.

Señor don Simon, para el hombre honrado la satisfaccion de servir bien es el mejor premio.

SIMON.

¿Y os parece que lo alcanzan los que sirven mejor? No por cierto. Hasta el crédito y la buena fama se reparte sin ton ni son. ¡Ah, señor, vos no conoceis todavía el mundo! Antiguamente era otra cosa; pero hoy se juzga solo por apariencias. Todo consiste en un poco de maña y de ingenio. Los hombres honrados por lo comun son modestos: pero los pícaros sudan y se afanan por parecer honrados: con que pasa por bueno, no el que lo es en realidad, sino el que mejor sabe fingirlo.

JUSTO.

En todo caso, el hombre de bien despues de haber cumplido con sus deberes, vivirá contento, y la injusticia de los que le juzguen no podrá quitarle su tranquilidad que es el mas dulce fruto de las buenas acciones.

ESCENA III.

ESCRIBANO *y los* DICHOS.

ESCRIBANO.

(*A la puerta.*) Señor, las dos han dado.

JUSTO.

Bien está. (*A Simon.*) Yo trataré de volver á buen tiempo para haceros la partida.

SIMON.

Señor, vos trabajais mucho, y á malas horas: cuidad mas de vuestro descanso, que al cabo de la jornada sale mas bien librado el que se incomoda menos.

JUSTO.

Este hombre tiene muy buen corazon, pero muy malos principios. (*El escribano entra y vuelve á salir con los papeles que dejó en el acto antecedente. Con él sale un criado, que entrega á Justo baston, sombrero y espada; y se van.*)

ESCENA IV.

SIMON, *solo.*

SIMON.

¡El hombre no sosiega! ¡Con el bocado en la boca vuelve á su trabajo! ¡Fuego de Dios! El que cogiere debajo no se le ha de escapar á dos tirones.

ESCENA V.

LAURA *y* SIMON.

LAURA.

(*Asustada.*) ¿Señor, habeis visto á Torcuato?

SIMON.

Poco há que salió de aquí. ¿Pero que tienes, muchacha? ¿Por qué vienes tan asustada?... ¿Tú has llorado?... ¿Eh?...

LAURA.

¡Ay, padre!

SIMON.

¿Pues qué? ¿Qué te ha dado? ¿Has perdido el juicio? Yo no os entiendo. Desde que tu marido resolvió su viaje andas tan alborotada y tan triste, que no te conozco; y el otro desde que prendieron á su amigote anda tambien fuera de sí. Antes mucha prisa por irse, y ahora ya parece que no se va... Aquí estuvo charlando una hora con don Justo sobre las cosas de don Anselmo, y al fin se fué diciendo que iba á verle.

LAURA.

(*Mas asustada.*) Y qué, ¿le habeis dejado ir?

SIMON.

(*Sereno.*) ¡Dejado! ¿Por qué no?

LAURA.

¡Ay, padre, yo temo una desgracia!

SIMON.

(*Cuidadoso.*) ¿Una desgracia? ¿Cómo?...

LAURA.

¡Ah! no ha querido oirme... Sin duda se complace en hacerme desdichada... Tal vez á la hora de esta...

SIMON.

Pero muchacha... (*Viendo á Felipe que entra corriendo y lloroso.*) ¿Otra tenemos?

ESCENA VI.

FELIPE *y los* DICHOS.

FELIPE.

(*Sollozando.*) ¡Ay, señor, qué desgracia. Quién creyera lo que acaba de suceder!

SIMON.

¿Pues qué?... ¿Qué hay? ¿Qué traes? ¡Jesús! Hoy todos andan locos en mi casa.

FELIPE.

Señor, yo estaba en este instante con los centinelas que guardan al señor don Anselmo, cuando veo á mi amo llegar á la torre con mucha prisa, diciendo que queria hablarle; y aunque los soldados trataban de estorbárselo, manifestó una órden del señor don Justo, y le dieron entrada. Al punto corre hácia su amigo, le abraza, y sin, reparar en los que estaban presentes: Anselmo, le dice, yo vengo á librarte: no es justo que por mi causa padezcas inocente. Don Anselmo, que conoció su idea, procuró contenerle para que callase, le hizo mil señas, le interrumpió mil veces, y hasta le tapó la boca; pero todo fué en vano, porque mi amo desatinado y como fuera de si proseguia diciendo á voces, que él habia dado muerte al señor marqués. A este tiempo entra el señor don Justo, á quien mi amo repite la misma confesion, intercediendo por su amigo, y asegurándole que estaba inocente. De todo tomó razon el escribano, y ya quedan examinándolos. Don Anselmo queria persuadir al

Juez, que él solo era el reo; pero mi amo se afligió tanto, é hizo tantas protestas, que le obligó á desdecirse. El señor don Justo queda sorprendido sobremanera: su amigo confuso é inconsolable, y hasta los centinelas, viendo su generosidad, lloraban como unas criaturas. No, yo no puedo vivir si pierdo á mi amo!...

LAURA.

¡Ah! ¡mi corazon me anunciaba esta desgracia! ¡Padre mio!

SIMON.

(*Paseándose muy aprisa.*) ¡Yo no sé dónde estoy!... ¿Qué Torcuato?... ¿Mi yerno?... No, no puede ser... Felipe, ¿estás bien seguro?

FELIPE.

¡Ay, señor, ojalá no lo estuviera! Por señas que antes de apartarse de nuestra vista me dijo: corre, querido Felipe, dila á mi esposa que ya está vengada; pero que si la interesa mi sosiego, me restituya su gracia, y moriré contento.

LAURA.

¡Que le restituya mi gracia!... ¡Ah! ¡Si pudiera salvarle á costa de mi vida! ¡desdichada de mí!... ¿A quién acudiré? ¿Quién me socorrerá en tan terrible angustia? ¡Querido padre! ¿Vos me abandonais en este conflicto? ¿Cómo no volamos á socorrerle?

SIMON.

No, hija mia, yo no lo creo aun. ¿Qué? ¿tú marido? ¿Torcuato? No, no puede ser... ¿Cómo es posible que nos engañara?... (*Despues de una larga pausa.*) Pero si es cierto: si ha sido capaz de una supercheria tan infame: no, Laura, no lo esperes, yo no podré perdonársela; antes seré el primero que clame por su castigo... ¿Pues qué? Despues de haberle hospedado y protegido; de haberle agregado á mi familia y tenídole en lugar de hijo, habrá sido capaz de olvidar todos mis beneficios, y de engañarme de esta suerte... Pero no, no puede ser... yo no lo creo... Él es allá medio filósofo, y tal vez querrá librar á su amigo por medio de una accion generosa.

LAURA.

No, señor: ya es tiempo de hablar con claridad: su delito es cierto: él mismo me lo ha confesado.

SIMON.

(*Muy enojado.*) ¿Él te lo ha confesado? ¿Y tuviste sufrimiento para oirlo? ¡Pícaro engañador! Llenar de afliccion la familia donde estaba acogido: asesinar al que yo tenia en lugar de hijo: aspirar á la mano de su misma viuda, y lograrla por medio de un engaño!... No, Laura: él es muy digno de toda nuestra cólera, y tú misma no puedes olvidar los agravios que le he hecho.

LAURA.

Padre mio, estoy muy segura de su inocencia: no, Torcuato no es merecedor de los viles títulos con que afeais su conducta... Sobre todo, señor, él es mi esposo y debo protegerle: vos sois mi padre y no podeis abandonarme. (*Simon continúa paseándose sin ceder de su enojo.*) Pero si vuestro corazon resiste á mis suspiros, yo iré á lanzarlos á los piés del señor don Justo: su alma piadosa se enternecerá con mis lágrimas le ofreceré mi vida por redimir la de mi esposo; y si no pudiere salvarle moriremos juntos, pues yo no he de sobrevivir á su desgracia.

SIMON.

(*Mas aplacado.*) Laura, Laura... Yo no sé lo que me pasa: tantas cosas como han sucedido en solo un dia me tienen sin cabeza... ¿Y qué? ¿qué puedo hacer en su favor, aunque quisiera protegerle? No: su delito es de aquellos que nunca perdonan las leyes: su juez es justo y recto, y las consecuencias son muy fáciles de adivinar.

LAURA.

¿Conque todos me abandonarán en esta tribulacion? ¿Y vos tambien, padre cruel, quereis ver á vuestra hija reducida á nueva y mas desamparada viudez? ¡Almas sin compasion! Las lágrimas de una desdichada... Pero no importa: yo sola correré... (*Quiere irse y se detiene viendo á Anselmo.*)

ESCENA VII.

ANSELMO *y los* DICHOS.

LAURA.

¡Ay don Anselmo! Ya lo sabemos todo.

ANSELMO.

Señora, no soy capaz de explicaros cuánta es mi afliccion. ¡Generoso amigo!... ¡Con cuánto gusto hubiera dado la vida por salvarle! Pero la suya queda en el mas terrible riesgo... No: yo no puedo abandonarle en esta situacion: desde ahora voy á sacrificar mi caudal y mi vida por su libertad. Si fuere preciso iré á los piés del rey... Pero, señor... (*A Simon.*) No perdamos tiempo: juntemos todos nuestros ruegos, nuestras lágrimas...

LAURA.

(*Con eficacia.*) Sí, padre mio: él está inocente y es muy digno de vuestra proteccion. ¡Ah! en su alma virtuosa no caben el dolo y la perversidad que caracterizan los delitos.

SIMON.

Pero, señores, lo que yo no puedo comprender es, por qué este hombre nos calló su situacion. Al fin, si me lo hubiera dicho, yo no soy ningun roble... Pero haber callado... haberse casado...

ANSELMO.

¡Ay, señor! él es muy disculpable; el amor que profesaba á Laura, y el temor de perderla, le alucinaron. Creedme, señor don Simon, yo era testigo de todos sus secretos. Apenas se celebraron las bodas, cuando un continuo remordimiento empezó á destrozarle el corazon, y en sus angustias lo que mas le afligia era el temor de perder á Laura, y de disgustar á su bienhechor.

LAURA.

¡Esposo desdichado! Yo no te merecia.

SIMON.

(*Enternecido.*) ¡Pobrecita!... Sosiégate, hija mia, y no te abandones al dolor con tanto extremo. Sus lágrimas me enternecen... (*Viendo á Justo.*) ¡Ah! ¡señor don Justo!

ESCENA VIII.

JUSTO *y los* DICHOS.

JUSTO.

(*En el fondo de la escena.*) ¡Cuán graves y penosas son las pensiones de la magistratura!

LAURA.

(*A Justo.*) ¡Ay, señor, si pudiesen las lágrimas de una desdichada!...

JUSTO.

¡Que terrible conflicto! Yo he traido la tribulacion al seno de esta familia. (*A Laura.*) Señora, la virtud y generosidad de don Torcuato excitan mi compasion aun mas eficazmente que vuestras lágrimas, y me hallo mas interesado en favor suyo de lo que podeis imaginar. Sosegaos pues, y confiad en la Providencia, que nunca desampara á los virtuosos.

SIMON.

¡Ay, señor don Justo! ¿Quién nos diria que vuestro amigo y mi yerno era el delincuente que buscábamos?

JUSTO.

¡Ah! no podré yo explicar la turbacion que causó en mi alma su vista al llegar á la torre. La presencia de don Anselmo lleno de prisiones, le tenia fuera de sí, y apenas me vió, cuando empezó á clamar por su libertad con un ardor increible; pero no bien le miró libre. cuando volvió repentinamente á su natural compostura. Mientras duró la confesion se mantuvo tranquilo y reposado: respondió á los cargos con serenidad y con modestia; y aunque conocia que su delito no tenia defensa alguna contra el rigor de las leyes, no por eso dejó de confesarle con toda claridad. La verdad pendia de sus labios, y la inocencia brillaba en su semblante. Entretanto estaba yo tan conmovido, tan sin sosiego, que parecia haber pasado al corazon del Juez toda la inquietud que debiera tener el reo. En medio de este conflicto, ciertas ideas concurrieron á alterar mi interior... ¡Qué ilusion! (*A Laura.*) Pero, señora, pensad en vuestro reposo, y moderad los primeros ímpetus del dolor. Señor don Simon, no la abandoneis en situacion en que tanto os necesita. Su esposo me la ha recomendado con la mayor ternura, y este era el único cuidado que afligia su buen corazon.

LAURA.

¡Desventurada!

ANSELMO.

¡Ah¡ mi buen amigo!

SIMON.

Sí, hija, vamos á pensar en tu alivio, y cuenta con la ternura de un padre que no es capaz de olvidarse de tu bien. (*Yéndose.*) ¡Este don Justo es un ángel! Otros jueces hay tan desabridos, tan secos... No he visto otro por el término.

JUSTO.

(*Profundamente pensativo.*) La fisonomía de don Torcuato... el tono de su voz... ¡Ah! ¡vanas memorias ¡Pero es forzoso averiguarlo.

ESCENA IX.

JUSTO, *solo.*

«Enterado el rey de que las averiguaciones »hechas últimamente en la causa del desafío y »muerte del marqués de Montilla, en que us»ted entiende de su órden, han producido la »prision del sirviente del mismo marqués, que »se hallaba prófugo en Madrid; y de qué »con este motivo se espera descubrir y arres»tar al matador, quiere su majestad que si así »sucediese proceda V. S. á recibir su confe»sion al reo; y no exponiendo en ella descargo »ó excepcion que, legítimamente probados, le »eximan de la pena de la ley, determine usía »la causa conforme á la última pragmática de »desafios, consultando con su majestad la sen»tencia que diere con remision de los autos »originales por mi mano: todo con la posible »brevedad. Nuestro señor guarde á V. S. mu»chos años. San Ildefonso, etc. Señor don »Justo de Lara.» (*Paseándose con inquietud.*) ¡Tanta prisa! ¡tanta precipitacion!... ¡Así trata la corte un negocio de esta importancia!... pero no hay remedio: el rey lo manda, y es fuerza obedecer. Yo no sé lo que me anuncia el corazon... este don Torcuato... él está inocente... un primer movimiento... un impulso de su honor ultrajado... ¡Ah! ¡cuánto me compadece su desgracia!... pero las leyes es-

tán decisivas. ¡Oh leyes! ¡oh duras é inflexibles leyes, En vano gritan la razon y la humanidad en favor del inocente... Y seré yo tan cruel, que no exponga al Soberano?... no: yo le representaré en favor de un hombre honrado; cuyo delito consiste solo en haberlo sido.

ACTO CUARTO.

El teatro representa el interior de una torre del alcázar que sirve de prision á TORCUATO. La escena es de noche. En esta habitacion no hay mas adorno que dos ó tres sillas, una mesa, y sobre ella una bujía. En el fondo habrá una puerta que comunique a icuarto interior donde se supone está el reo, y á esta puerta se verán dos centinelas.

ESCENA PRIMERA.

JUSTO *y* EL ESCRIBANO.

(*Justo está sentado junto á la mesa con aire triste, inquieto y pensativo, y el escribano en pié, algo retirado.*)

ESCRIBANO.

(*Acercándose.*) Señor, ya está todo evacuado; á las cinco y media en punto partió el posta con los autos y la representacion.

JUSTO.

Muy bien, don Claudio: idos á mi cuarto, y esperadme en él sin separaros un instante. Si alguno me buscare por cosa urgente, avisadme; y si no lo fuere, que nadie me interrumpa. Si volviese el expreso, traedle aquí con reserva: sobre todo un profundo silencio.

ESCRIBANO.

Ya entiendo, señor. ¡Qué afligido está! (*Yéndose.*)

ESCENA II.

JUSTO, *solo.*

JUSTO.

(*Despues de alguna pausa.*) En fin, he cumplido con mi funesto ministerio sin olvidar la humanidad. ¡Quiera el cielo que mis razones sean atendidas! Pero el ministro no verá las lágrimas de estos infelices, ni los clamores de una familia desolada podrán penetrar hasta su oido... ¡Vé aquí por qué los poderosos son insensibles!... Sumidas en el fausto y la grandeza, ¿cómo podrán sus almas prestarse á la compasion? ¡Ah! ¡desdichados los que creen dichosos en medio de las miserias públicas!... mas yo confio en la piedad del soberano... su ánimo benigno no puede desatender tan justas instancias. (*Se levanta y pasea inquieto.*) No sé de qué nace esta inquietud que me atormenta. No pudiera ser que don Torcuato... haber nacido en Salamanca... no tener noticia de sus padres... su edad... su fisonomía... ¡Ah, dulce y funesta ilusion! ¡el fruto desdichado de nuestros amores pasó rápidamente de la cuna al sepulcro!... No obstante quiero hablarle. (*Llamando á los centinelas.*) ¡Hola! que venga el reo á mi presencia. (*Se sienta. Los centinelas entran por la puerta del cuarto interior: salen luego con Torcuato, que debe venir poco á poco por causa de los grillos, y le conducen hasta la presencia del Juez.*)

ESCENA III.

JUSTO *y* TORCUATO.

JUSTO.

Sí; yo le preguntaré... (*Viéndole.*) Su vista me quebranta el corazon. (*A los centinelas.*) Despejad. (*A Torcuato.*) Sentaos. (*Los centinelas se retiran, y Torcuato se irá acercando poco á poco á una de las sillas, donde se sienta.*) Sentaos, amigo mio: ya no soy vuestro juez, pues solo vengo á consolaros, y daros una prueba de lo que os estimo. Vuestra honradez me tiene sorprendido, y vuestra franqueza me parece digna de la mayor admiracion. Pero siento que os hayan sido tan perjudiciales.

TORCUATO.

El honor, que fué la única causa de mi delito, es, señor, la única disculpa que pudiera alegar; pero esta excepcion no la aprecian las leyes. Respeto como debo la autoridad pública, y no trato de eludir sus decisiones con enredos y falsedades. Cuando acepté el desafío preví estas consecuencias: por no perder el honor me expuse entonces á la muerte, y ahora por conservarle la sufriré tranquilo.

JUSTO.

¿Pero tanto empeño en callar las injurias con que os provocó vuestro agresor?... Tal vez su atrocidad representada al soberano...

TORCUATO.

¡Ay, señor! Las leyes son recientes y claras, y no dejan refugio alguno al que acepta un desafío. ¿Por qué queriais que dejase perpetuados en el proceso los nombres viles?...

JUSTO.

¿Pues qué? ¿Acaso el marqués?...

TORCUATO.

Me habeis dicho que no me hablais como juez: por eso voy á responder como amigo. Mi ofensor, señor, era uno de aquellos hombres temerarios á quienes su alto nacimiento y una perversa educacion inspiran un orgullo intolerable. En nuestro disgusto me dijo mil denuestos, que yo disimulé á su temeridad. Me

desafió varias veces, y yo me desentendí sin contestarle; pero al fin insistió tanto, y llevó á tal extremo su provocacion, que me echó en cara un defecto... El rubor no me deja repetirle. (*Torcuato se cubre el rostro.*)

JUSTO.

Y bien, ¿qué os dijo? Habladme con lisura. (*Llorando.*)

TORCUATO.

¡Ay, señor! Entre mis desgracias cuento por la mayor la de no saber á quién debo la vida. Yo he sido fruto desdichado de un amor ilegítimo; y aunque este defecto estuvo siempre oculto, ciertos rumores... En fin, el marqués...

JUSTO.

(*Sobresaltado y con prontitud.*) Ya, ya entiendo... Y con efecto, ¿habeis nacido en Salamanca?

TORCUATO.

Sí, señor, allí nací, y allí tuve mi primera educacion.

JUSTO.

(*Siempre sobresaltado.*) ¿Y á quién la debisteis?

TORCUATO.

A una parienta de mi propia madre, que me negó siempre el dulce nombre de hijo.

JUSTO.

(*Con mayor inquietud.*) ¿Pero supisteis despues que lo erais en efecto?

TORCUATO.

Una criada antigua me dió las únicas noticias que tengo de mi orígen. Mi madre, señor, fué una de aquellas damas desdichadas á quienes el arrepentimiento de una flaqueza empeña para siempre en el ejercicio de la virtud. Su pundonor y su recato eran extremos. No se contentó con ocultar al público su desgracia por los medios mas exquisitos, sino que pensó toda su vida en remediarla. Una parienta anciana fué la única confidenta de su cuidado. Por medio de esta me hizo criar en una aldea vecina á Salamanca; despues me agregó á su familia con el título de sobrino, fingiendo que mis padres habian muerto en Vizcaya; y en fin, engañó aun á su mismo amante, suponiendo mi muerte, y reservando para otro tiempo la noticia de mi existencia. Ni paró aquí su delicadeza. Clamó continuamente por la vuelta de mi padre, á quien la necesidad obligara á buscar en paises lejanos los medios de mantener honradamente una familia. Estaba ya cercana su vuelta, y para entonces preparado un matrimonio, que debia asegurarme la noticia y la legitimidad de mi orígen; pero la muerte desbarató estos proyectos. Un accidente repentino privó á mi madre de la vida, y á mí de tan dulces y legítimas esperanzas... Mas, señor, vos estais inquieto: ¿sentís acaso alguna novedad?

JUSTO.

(*Mirándole atentamente, y conturbado en extremo.*) No hay duda: él es... sí, él es.

TORCUATO.

Señor...

JUSTO.

(*Esforzándose para mostrar serenidad.*) No, amigo mio, no tengais cuidado, y decidme: ¿nunca habeis sabido el nombre de ese padre desdichado?

TORCUATO.

No, señor: la única noticia que pude adquirir de él fué que habia pasado con empleo á Nueva España, y que debia regresar con la última flota.

JUSTO.

¡Oh Dios! ¡oh justo Dios! mi corazon me lo habia dicho... ¡hijo mio!...

TORCUATO.

(*Asombrado.*) ¡Qué, señor! ¡Es posible!...

JUSTO.

(*Prontamente.*) Sí, hijo mio; yo soy ese padre desdichado, que nunca has conocido.

TORCUATO.

(*De rodillas, y besando la mano de su padre con gran ternura y llanto.*) ¡Mi padre!... ¡Ay, padre mio! despues de haber pronunciado tan dulce nombre ya no temo la muerte.

JUSTO.

(*Con extremo dolor y ternura.*) ¡Hijo mio! ¡hijo desventurado!... ¿En qué estado te vuelve el cielo á los brazos de tu padre?

TORCUATO.

(*Como antes.*) No, padre mio: despues de haberos conocido, ya moriré contento.

JUSTO.

(*Levantándole.*) El cielo castiga en este instante las flaquezas de mi liviana juventud... Pero ¿sabes, hijo infeliz, cuál es tu desgracia? ¿sabes cuánto debe ser mi dolor en este dia? ¡Ah! ¿por qué no suspendí una hora, siquiera una hora?... Tu desdichado padre ha vuelto de su largo destierro solo para ser causa de tu ruina... ¡Ay, Flora! ¡por cuántos títulos me debe ser dolorosa la noticia de tu muerte!

TORCUATO.

(*Con serenidad y ternura.*) Bien sé, padre mio, cuál es mi situacion, y cuál el funesto ministerio que debeis ejercer conmigo. Pero supo-

niendo mi suerte inevitable, ¿no es un favor distinguido de la Providencia que me restituya á los brazos de mi padre? Ya no moriré con el desconsuelo de ignorar el autor de mis dias: vos me confortareis en el terrible trance: vuestra virtud sostendrá mi flaqueza; y á Laura (*Enternecido.*) le quedará un digno consolador en su triste viudez.

JUSTO.

(*Enternecido.*) ¡Hijo infeliz! ¡hijo digno de mejor suerte, y de un padre menos desdichado! ¡tu virtud me encanta, y tus discursos me destrozan el corazon!... ¡Ah! yo pude salvarte, y te he perdido!... Solo la bondad del Soberano... sí; su corazon es grande y benéfico, y no desatenderá mis razones.

ESCENA IV.

EL ESCRIBANO *y los* DICHOS.

ESCRIBANO.

(*A Justo desde el fondo de la escena.*) Señor: el caballero corregidor solicita entrar.

JUSTO.

(*Al escribano.*) Aguardad un momento. (*A Torcuato.*) Hijo mio, reserva en tu corazon este secreto, porque importa á mis ideas; y si el cielo no se doliere de este padre desventurado, ocultemos á la naturaleza un ejemplo capaz de horrorizarla.

ESCRIBANO.

(*Desde la puerta.*) ¡Con qué ternura le habla! Hasta le da el nombre de hijo por consolarle. ¡Oh! ¡qué ejemplo tan digno de imitacion y de alabanza!

JUSTO.

(*Al escribano.*) Que entre. (*El escribano se retira, vuelve con Simon hasta la puerta, y se va.*)

TORCUATO.

Solo me toca obedeceros.

ESCENA V.

SIMON, JUSTO *y* TORCUATO.

SIMON.

Perdonad, señor don Justo: esta muchacha no me deja sosegar un instante: si no la detengo, ya venia despeñada á echarse á vuestros piés. Clama por su marido, y dice que no quiere separarse de su lado. Tambien desea verle don Anselmo.

JUSTO.

¡Ah! ¡si supieran cuál es su suerte!

SIMON.

(*A Torcuato.*) ¡Muy buena la hemos hecho, Torcuato! ¡mira en qué estado nos has puesto!

JUSTO.

(*Con gravedad.*) Señor don Simon, ya no es tiempo de reconvenciones. Si no os doleis de su triste situacion, al menos no le aflijais.

TORCUATO.

(*A Justo.*) ¡Pero, señor, se me negará el consuelo!...

JUSTO.

(*Con blandura.*) ¿Para qué quereis exponeros á la angustia de ver las lágrimas de vuestra esposa y vuestro amigo? Tan tiernos objetos solo pueden serviros de mayor quebranto. Yo quiero excusárosle, amigo mio: retiraos un instante, y tratad de tranquilizar vuestro espíritu. Quizá en mejor ocasion podreis satisfacer tan justo deseo. Hola, retiradle. (*A los centinelas. Los centinelas se van con Torcuato, en la misma forma que han salido.*)

ESCENA VI.

JUSTO *y* SIMON.

SIMON.

(*Viendo salir á Torcuato.*) ¡Este mozo nos ha perdido! Mi casa está hecha una Babilonia: todos lloran, todos se afligen y todos sienten su desgracia. Vé aquí, señor don Justo, las consecuencias de los desafíos. Estos muchachos quieren disculparse con el honor, sin advertir que por conservarle atropellan todas sus obligaciones. No: la ley los castiga con sobrada razon.

JUSTO.

Otra vez hemos tocado este punto, y yo creia haberos convencido. Bien sé que el verdadero honor es el que resulta del ejercicio de la virtud, y del cumplimiento de los propios deberes. El hombre justo debe sacrificar á su conservacion todas las preocupaciones vulgares; pero por desgracia la solidez de esta máxima se esconde á la muchedumbre. Para un pueblo de filósofos seria buena la legislacion que castigase con dureza al que admite un desafío, que entre ellos fuera un delito grande. Pero en un pais, donde la educacion, el clima, las costumbres, el genio nacional, y la misma constitucion inspiran á la nobleza estos sentimientos fogosos y delicados á que se da el nombre de pundonor: en un pais, donde el mas honrado es el menos sufrido, y el mas valiente el que tiene mas osadía; en un pais, en fin, donde la cordura se llama cobardía, y á la moderacion falta de espíritu, era justa la ley que priva de la vida á un desdichado solo porque piensa como sus iguales? ¿una ley que solo podrán cumplir los muy virtuosos, ó los muy cobardes?

SIMON.

Pero, señor, yo creia, que el mejor modo de hacer á los mozos mas sufridos, era agravar las penas contra los temerarios.

JUSTO.

Cuando haya mejores ideas acerca del honor, convendrá acaso asegurarlas por ese medio; pero entre tanto las penas fuertes serán injustas y no producirán efecto alguno. Nuestra antigua legislacion era en este punto menos bárbara. El genio caballeresco de los antiguos españoles hacia plausibles los duelos, y entonces la legislacion los autorizaba; pero hoy pensamos poco mas ó menos como los godos, y sin embargo castigamos los duelos con penas capitales.

SIMON.

Esos discursos, señor, son demasiado profundos: yo no soy filósofo, ni los entiendo; pero estoy muy mal con que los mozos...

JUSTO.

(*Con alguna aspereza.* Dejemos una conversacion que debe afligirnos á entrambos, y vamos á consolar á Laura, pues tanto lo necesita.

SIMON.

Pero, decidme, ¿no habrá algun medio de salvar á Torcuato?

JUSTO.

(*Con seriedad.*) Esa pregunta es bien extraña en quien sabe las obligaciones de un juez. El órgano de la ley no es árbitro de ella. No tengo otro arbitrio que el de representar; y pues habeis oido cómo pienso, podreis inferir si lo habré hecho con eficacia.

SIMON.

¡Oh! pues si habeis representado, yo confio...

JUSTO.

No hareis bien en confiar. Las representaciones de un juez, suelen valer muy poco cuando conspiran á mitigar el rigor de una ley reciente. Sin embargo, la Providencia... la piedad del Soberano...

ESCENA VII.

EL ESCRIBANO *y los* DICHOS.

ESCRIBANO.

Señor, acaba de llegar el expreso.

JUSTO.

(*Recibiendo el pliego.*) Veamos... (*Asustado.*) No sé lo que me altera: el corazon no me cabe en el pecho.

SIMON.

¿Qué tendrá que tanto se ha turbado?

JUSTO.

(*Leyendo en secreto la carta, manifiesta en su semblante grande conmocion y extremo dolor, y despues de haber acabado se arroja en una silla.*) ¡Oh padre sin ventura! ¡oh hijo desdichado!

ESCRIBANO.

¡Malo! ¡malo! ¡sin duda se ha confirmado la sentencia! (*Se va el escribano, y Simon, como temeroso de interrumpir á Justo, se retira al fondo de la escena, sin resolverse á desampararle.*)

SIMON.

Yo no comprendo. El ha perdido el color... ¡cuál se ha puesto, Dios mio! ¿qué traerá esta carta? (*Cuanto dice Justo en el resto de la presente escena, se entiende aparte.*)

JUSTO.

Sí, sí: yo he sido el cruel, que ha acelarado su desgracia... ¡Ah! yo esperaba que mis clamores en favor de un inocente... ¡Hijo desventurado!

SIMON.

¿Señor? (*Acercándose con timidez.*) ¿Qué tendrá que tanto exclama?

JUSTO.

(*Sin oirle.*) No solo aprueban su muerte, sino que quieren tambien atropellarla! (*Levantándose.*) No: al Soberano le han engañado. ¡Ah! ¿si hubiera oido mis razones, cómo pudiera negarse su piadoso ánimo á la defensa de un inocente?

SIMON.

(*Desde lejos.*) Señor don Justo...

JUSTO.

(*Paseándose por la escena, como fuera de sí.*) ¡Hijo mio! ¡hijo desdichado! ¿cómo he de consentir?... Iré á bañar los piés del mejor de los reyes con mis humildes lágrimas.

SIMON.

¡Cuál está, Dios mio! ¡no sosiega un instante! señor don Justo... por vida de... señor don Justo... ¡pero qué gritos!...

ESCENA VIII.

LAURA, ANSELMO, *y los* DICHOS. *Laura entra corriendo en la escena y Anselmo deteniéndola.*

ANSELMO.

Señora, señora, deteneos.

LAURA.

(*Mirando á todas partes.*) ¡Qué! ¿él correrá á

la muerte y yo no podré abrazarle?... querido esposo, ¿dónde te esconden? ¿quiénes son los crueles que nos separan?

SIMON.

¡Hija mia! ¿qué es esto?... don Anselmo...

ANSELMO.

Señor, no he podido contenerla... El posta que llegó de la corte, esparció la voz de que traia malas nuevas: entendiéronlo algunos de la familia, y sus lágrimas...

LAURA.

(*A Justo de rodillas.*) ¡Ay señor! ¿así abandonais á vuestro amigo? ¿sufrireis que su esposa desventurada?...

JUSTO.

(*Volviendo el rostro.*) ¡Vé aquí lo que faltaba al complemento de mi desdicha! Señor don Simon, separad á vuestra hija de este sitio, donde nada es capaz de aliviar su dolor.

SIMON.

Vamos, hija, vamos.

LAURA.

(*Resistiéndose.*) No, yo no me separaré de aquí... ¡qué! ¿despues de perderle, me negarán tambien el consuelo de morir en sus brazos? ¡crueles! ¡todos son crueles con esta desdichada! (*Simon lleva casi violentamente á su hija y Anselmo pretende seguirlos, pero se detiene avisado por Justo.*)

ESCENA IX.

JUSTO *y* ANSELMO.

JUSTO.

Quedaos, don Anselmo. Los sucesos de este triste dia me han hecho conocer la fina amistad que profesais á don Torcuato. ¿Quereis dar un paso en su favor, que le pueda librar de la desdicha que le amenaza?

ANSELMO.

¿Pues qué? ¿lo dudais, señor? ¡Ah! no es posible comprender cuánto estimo sus virtudes, ni cuánto me duele su triste situacion. ¡Ah! si pudiera á costa de mi vida.

JUSTO.

A menos costa podeis serle muy útil, y defender la suya. A pesar de cuantas razones expuso en su favor, la corte ha resuelto lo que oireis ahora.

ANSELMO.

¡Oh Dios!

JUSTO.

(*Lee con dolor y turbacion.*) «He dado cuenta »al rey de la causa escrita sobre el desafío »que hubo en esta ciudad el dia 4 de agosto »del año próximo pasado entre el marqués de »Montilla y don Torcuato Ramirez, de que re»sultó la muerte del primero: y sin embargo »de cuanto V. S. expone en su representacion »á favor del homicida, S. M. considerando el »escándalo que ha causado este suceso en esa »ciudad, este Real Sitio, y todo el reino, sin»gularmente cuando estaba tan reciente la pu»blicacion de su pragmática de 28 de abril del »mismo año pasado, y teniendo asimismo »presente, que el reo está plenamente confeso »en su delito, se ha servido resolver que usía »ponga en ejecucion la sentencia de muerte y »confiscacion que ha dado en dicha causa, »concediendo al reo solo el tiempo preciso »para disponerse á morir como cristiano; y »usía me dará cuenta de haberse ejecutado en »la forma prevenida. Nuestro Señor, etc.»

ANSELMO.

(*Lloroso.*) ¡Infeliz amigo! ¡yo no podré sobrevivir á tu muerte!

JUSTO.

¡Desdichado! ¡todos se compadecen de su desgracia! ¡Solo la corte está sorda á nuestros clamores. Pero, don Anselmo, aun no sabeis hasta dónde llega la desdicha de vuestro amigo...

ANSELMO.

Qué, señor, despues de una sentencia...

JUSTO.

Sí, amigo mio: esta bárbara sentencia ha sido dictada por su mismo padre.

ANSELMO.

(*Asombrado.*) ¿Vos padre suyo? ¡oh Dios!

JUSTO.

(*Transportado de pena.*) No, yo no soy su padre: soy un monstruo que le ha dado la vida para arrebatársela despues... ¡Insensato! yo hubiera podido... pero no perdamos, amigo, un tiempo tan precioso. La terrible sentencia se va á notificar á Torcuato: la corte está cerca: vos sois su amigo: teneis en ella valedores... tal vez vuestras instancias...

ANSELMO.

(*Yéndose con precipitacion.*) Basta, señor, he entendido: no me detengo ni un instante.

JUSTO.

(*Siguiéndole.*) Si fuere preciso que el nombre de su padre...

ANSELMO.

(*Desde la puerta y sin volver el rostro.*) Entiendo, entiendo.

ESCENA X.

JUSTO, *solo.*

¡Santo Dios, encamina sus pasos!... Vé aquí el natural y dulce fruto de la virtud: todos se complacen en protegerla, y todos corren ansiosos á sostenerla en la adversidad. Pero cuán débiles son sus apoyos contra la fuerza y el poder! ¡virtud santa y amable! tú serás siempre respetada de las almas sencillas, mas no esperes hallar asilo entre los vanos y poderosos... ¡Cuánto ha cambiado mi suerte en solo un dia! ¿es posible que me he de hallar en la dura necesidad de derramar mi propia sangre?... ¡hijo desventurado!... la mano de tu bárbaro padre te va á ofrecer el amargo cáliz de la muerte! ¡funesta obligacion!... ¡horrible ministerio!... ¡si acaso don Anselmo!... ¡Ah! ¡qué podrán sus débiles ruegos contra los de tantos importunos!... ¡contra el respeto de las leyes!... ¡contra la preocupacion del gobierno!... ¡ah!...

ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

JUSTO, TORCUATO *y* EL ESCRIBANO. *Descúbrese á Torcuato, sentado con prisiones y con la misma ropa que debe llevar al suplicio. Justo algo distante, se pasea con aire profundamente inquieto y abatido. El escribano estará retirado lejos de todos, y habrá centinelas dobles. La escena es de dia.*

JUSTO.

(*Al escribano.*) Dejadnos solos por un rato, y avisad cuando sea tiempo. (*Se va el escribano sacando el reloj.*) Ya no me queda esperanza alguna... la hora funesta está cercana, y don Anselmo no parece... ¡Oh justo Dios! negareis este consuelo á mis ardientes lágrimas?

TORCUATO.

(*Con voz desmayada.*) En este triste y pavoroso instante, la imágen de Laura ocupa únicamente mi memoria, y el eco penetrante de mis suspiros resuena en el fondo de mi alma... ¡Ay Laura! yo no soy digno de tan amargas lágrimas... (*Mirando á su padre.*) Mi padre... ¡Ah su! venerable presencia y su tristeza me destrozan el corazon... ¡oh muerte! sin estos objetos tú no serias terrible á mis ojos. Padre... (*Llamando á su padre.*)

JUSTO.

(*Sin oirle, y paseándose.*) Hay que vencer tantas dificultades antes de hablar á un soberano!

TORCUATO.

(*Con voz mas animada.*) Padre...

JUSTO.

(*Paseándose, pero sin volver el rostro.*) Las lágrimas me ahogan... no puedo responderle.

TORCUATO.

(*Esforzando mas su voz.*) Querido padre...

JUSTO.

(*Prontamente.*) ¡Hijo mio!

TORCUATO.

Yo estoy fatigado, y el peso de los grillos no me deja llegar á vuestras plantas... mi hora se acerca... dignaos de bendecir por la última vez á este hijo desgraciado.

JUSTO.

(*Acercándose y tomando su mano.*) ¡Hijo mio! tus angustias se acabarán muy luego, y tú irás á descansar para siempre en el seno del Criador. Allí hallarás un padre que sabrá recompensar tus virtudes.

TORCUATO.

Sí, querido padre: voy á ofrecerle mi espíritu, y á interceder en su presencia por los dulces objetos de que me separa su justicia... ¡Padre mio! vuestro corazon y el de Laura, llenos de pureza y rectitud, tendrán todo su valor ante el Omnipotente. ¡Ah! ¡qué consuelo! ¡Esperar en el seno de la eternidad la compañía de dos almas tan puras!

JUSTO.

Tú has cumplido, hijo mio, con todos tus deberes, y puedes creerte dichoso, pues vas á recibir el galardon. ¡Ah! nosotros, infelices, quedamos sumidos en un abismo de afliccion y miseria, mientras tu espíritu sobre las alas de la inmortalidad va á penetrar las mansiones eternas, y esconderse en el seno del mismo Dios que le ha criado! Procura imprimir en tu alma estas dulces ideas, que ellas te harán superior á las angustias de la muerte. (*A este tiempo se oye el reloj que da las doce. Torcuato se estremece: Justo, horrorizado, se aparta de él volviendo el rostro á otro lado, é inmediatamente entra el escribano.*)

ESCENA II.

EL ESCRIBANO *y los* DICHOS.

ESCRIBANO.

(*Desde la puerta y con voz tímida.*) Señor... la hora ha dado ya.

TORCUATO.

(*Asustado.*) ¡Oh Dios!... esta es la última de mi vida... ¡conque no hay remedio?... (*Resignado, despues de alguna pausa.*) Vamos, pues, á morir.

JUSTO.

(*Con extrema inquietud paseando por el frente de la escena.*) ¡Este don Anselmo!... ¡don Anselmo!... ¡gran Dios!... ¡Así abandonais al inocente?... (*Hace seña al escribano que se habrá mantenido á la puerta.*)

ESCENA III.

DICHOS.—*El escribano, sin salir, hace una seña desde la puerta, y á ella entran sucesivamente* EL ALCAIDE, LA TROPA, *y* LOS MINISTROS DE JUSTICIA. *El alcaide despoja á Torcuato de sus prisiones: los soldados con bayoneta calada le rodean por todos lados, y la gente de justicia se coloca parte á la frente y parte cerrando la comitiva. El escribano precede á todos. En este órden irán saliendo con mucha pausa, y entre tanto sonará á lo lejos una música militar lúgubre. Justo se mantiene inmoble en un extremo del teatro, con toda la serenidad que pueda aparentar, pero sin volver el rostro hácia el interior de la escena.*

TORCUATO.

(*Mientras le quitan las prisiones.*) Querido padre, yo os recomiendo la inocente Laura: sustituidla el lugar de este hijo que vais á perder.

JUSTO.

Hijo mio: ella será mi único consuelo en las angustias que me aguardan.

TORCUATO.

(*Empezando á salir.*) ¡Padre!... Adios, padre. (*Justo no le puede responder por el exceso de dolor: se arroja en una silla: luego se reclina sobre la mesa cubriendo su rostro con las manos, y entre tanto acaba de salir todo el acompañamiento.*)

JUSTO.

(*Justo levantando las manos al cielo.*) ¡Este don Anselmo!

TORCUATO.

(*Fuera de la escena.*) Adios, querido padre. (*Justo al oirle se vuelve á cubrir el rostro, y reclinado como antes guarda silencio un rato.*)

ESCENA IV.

JUSTO, *solo.*

(*Con voz interrumpida.*) ¡Hijo infeliz!... yo soy quien te priva de tu inocente vida... lo que hice por salvarte ha sido tan poco... ¡Qué idea tan horrible! pero no hay remedio... bien presto la fúnebre campana me avisará de su muerte... (*Levantándose asustado.*) Ya parece que suena en mis oidos. ¡Santo Dios! (*Paseándose por la escena con suma inquietud.*) No hallo sosiego en parte alguna. ¡Hijo desdichado! ¿es posible?... conque tu inocencia, tus virtudes, los ruegos de un amigo, los tiernos suspiros de una esposa, las lágrimas de un padre, y el sentimiento universal de la naturaleza, nada pudo librarte de tu muerte? ¿de una muerte tan acerba, y tan ignominiosa?... ¡Buen Dios! ¿Por qué no le socorres?... (*Asustado.*) ¿pero qué ruido se oye? ¿si estará ya esperando?

ESCENA V.

SIMON, LAURA *y* JUSTO.

(*Laura entra en la escena corriendo, desgreñada y llorosa, y su padre deteniéndola.*)

SIMON.

(*Desde el fondo.*) Señor, señor, no puedo detenerla. Un solo instante que nos descuidamos...

LAURA.

(*Mirando á todas partes.*) No, no: todos me engañan. ¡Crueles! ¿por qué me quitais á mi esposo? ¿dónde está? ¿qué? ¿no parece? ¿se le han llevado ya? ¡Verdugos! ¡crueles verdugos de mi inocente esposo! ¿estareis ya contentos?... No: él no ha muerto aun, pues yo respiro. Dejadme, dejadme que vaya á acompañarle: que la sangrienta espada corte á un mismo tiempo nuestros cuellos... ¡Querido esposo! ¡ah! tú lucharás tambien con tus verdugos por venir á unirte con tu Laura. ¿Por qué no quieren que espiremos juntos?

JUSTO.

(*Procurando templar á Laura.*) Hija...

LAURA.

(*Mirándole con horror.*) ¡Yo no soy vuestra hija, cruel! yo no soy vuestra hija. Vos me habeis quitado mi esposo: sí, vos me le habeis quitado. Y no os disculpeis con las leyes: con esas leyes bárbaras y crueles, que solo tienen fuerza contra los desvalidos.

JUSTO.

¡Qué alma podrá resistir á tantas aflicciones! (*Se oye á lo lejos una confusa gritería, y casi al mismo tiempo el toque de la campana, que se acostumbra en semejantes casos.*) ¡Pero qué oigo! ¡qué rumor!... ¡oh santo Dios!... recibe su espíritu. (*Se vuelve á arrojar en la silla, tomando la misma situacion en que antes estuvo. Laura corre como furiosa: su padre manifiesta tambien mucho dolor, y la sigue sin hablar.*)

LAURA.

¿Qué? ¿ya espiró? No, no puede ser... mi esposo... ¡oh triste, oh desdichado esposo!... tu sangre corre ya derramada... ¡Ah! voy á detenerla. (*Hace un esfuerzo por salir de la escena, y cae al suelo oprimida del dolor.*)

SIMON.

¡Hija mia! ¡hija de mi vida!... ¡ah! ¡que no respira! (*Aquí se hace una larga pausa, y durante ella continúa el sonido de la campana.*)

JUSTO.

Ese melancólico silencio llena mi alma de luto y de pavor. ¡Eterno Dios! ¡Tú has recibido ya su espíritu en la morada de los justos!

SIMON.

Hija mia... ¡Oh padre desdichado!

LAURA.

(*Volviendo en sí.*) ¿Conque ya no hay remedio? ¡con qué el golpe fatal!... No: yo no puedo vivir. ¡Querido esposo! ¡Ah! ¡bárbaros! ¡Ah, ¡crueles verdugos!

JUSTO.

Buen Dios, pues nos envias esta tribulacion, conforta nuestras almas para sufrirla.

SIMON.

¡Hija mia! ¡querida Laura!...

LAURA.

(*Levantándose con furor.*) ¿Y el justo cielo no vengará la sangre del inocente? ¡Oh Dios! atiende á mi ruego, y haz que perezcan los verdugos que le han asesinado: que la triste sombra de mi inocente esposo llene sus corazones de susto y de zozobra: que los gritos, los atroces lamentos de su viuda infeliz resuenen siempre en sus almas impías: que sean eterno objeto de tu terrible cólera. (*Vuelve á caer en los brazos de su padre como antes.*)

SIMON.

Hija... el dolor la tiene sin sentido. Hija mia...

JUSTO.

¡Ah! ¡su dolor es muy justo! ¡Desventurada!... ¿Pero qué nuevo rumor? ¿qué habrá sucedido? (*El alcaide, el escribano, Eugenia, y algunos otros domésticos salen apresurados á la escena diciendo todos á una vez.*)

ESCENA VI.

LOS DICHOS.

ESCRIBANO.

¡Albricias! ¡albricias!

SIMON.

¿Pues qué? ¿qué hay?

ESCRIBANO.

¡Albricias! el rey le ha perdonado.

JUSTO *y* SIMON.

¡Oh Dios!

LAURA.

(*Corriendo hácia el escribano.*) ¿Pues qué? ¿vive? ¿vive todavía? Amigo...

ESCRIBANO.

(*Fatigado.*) Si el señor don Anselmo tarda un instante mas, todo se ha perdido; pero el cielo le trajo á tan buen tiempo... Sí, señores: vive aun, y está perdonado: este es su indulto. (*Entrega un pliego á Justo.*)

LAURA.

¿Y dónde está? Vamos á verle. (*Simon la detiene.*)

JUSTO.

(*Abriendo el pliego besa la real firma, la pone sobre la cabeza, y se retira á leer diciendo.*) ¡Al fin, buen Dios, los clamores de un padre desdichado no han sido vanos en tu adorable presencia!

SIMON.

(*Al escribano.*) Pues vaya, hombre, cuéntenos lo que ha pasado, y sáquenos de dudas.

ESCRIBANO.

(*Mientras lee Justo.*) Yo no sé si podré, porque estoy tan alterado, tan gozoso... Ya todo estaba pronto, y el reo habia subido á lo alto del cadalso: toda la ciudad se hallaba en la gran plaza de este alcázar, ansiosa de ver el triste espectáculo: el susto y la curiosidad tenian al pueblo en profundo silencio, y solo se oia el funesto pregon de la sentencia, y las voces de los religiosos que auxiliaban. Entretanto conservaba Torcuato en su semblante la compostura y su gravedad natural, y los ojos de todo el concurso estaban clavados en él, cuando el verdugo le advirtió que habia llegado su hora. Entonces sereno y mesurado se acomoda la lúgubre vestidura, tiende su vista por toda la plaza, la fija por un rato en este alcázar, y lanzando un profundo suspiro se dispone para la sangrienta ejecucion. Todos guardaban un melancólico silencio, y ya el verdugo iba á descargar el fatal golpe, cuando una voz que clamaba á lo lejos, perdon, perdon, detuvo el impulso de su brazo. A esta voz siguió una grande y confusa gritería del pueblo, cuyo rumor engañó al que tenia á su cargo la campana: de suerte que el fúnebre sonido de esta, y las alegres voces del indulto y del perdon resonaron á un tiempo en todos los oidos. Ya á este punto llegaba don Anselmo á caballo al sitio del suplicio. El susto, el polvo y el sudor habian desfigurado su semblante, de forma que nadie le conocia. Traia en la mano la real cédula de indulto, que me entregó al instante. (*Justo acaba de*

leer, y se acerca á oir al escribano.) Y dándome órden de que viniese á presentarla, se apeó, subió al cadalso, y allí queda dando tiernos abrazos á su amigo, y bañando su rostro en lágrimas de gozo.

JUSTO.

¡Ay, amigo! corred: no os detengais un punto: poned á mi hijo en libertad, y que venga al instante á nuestra vista. (*El escribano se va con precipitacion.*) ¡Oh buen Dios! Mi corazon desfallece de contento. Sí, querida Laura, él es mi hijo, y tú lo eres tambien... ven á mis brazos, y ayúdame á dar gracias á la Providencia por este inefable beneficio.

LAURA.

(*Corriendo á abrazarle.*) ¡Qué, señor! ¿Vos sois su padre?

SIMON.

¿Su padre? ¿tambien tenemos esa?

JUSTO.

Sí, soy su padre, y sin embargo habia decretado su muerte. ¡Ah! si el cielo no le hubiese salvado, solo el sepulcro pudiera terminar mis tormentos. Sosiégate, querida hija, tranquiliza tu espíritu agitado. En mejor tiempo te descubriré los designios de la Providencia sobre el orígen de tu esposo.

LAURA.

(*Besando la mano á Justo.*) ¡Querido padre! El cielo me le vuelve por vuestra mano, y á su virtud y á la vuestra debo tan gran ventura.

SIMON.

Señores, cuanto pasa parece una novela; yo estoy aturdido, y apenas creo lo mismo que estoy viendo... Querida Laura, ven á los brazos de tu padre. (*Laura va á abrazar á su padre, pero viendo á su esposo corre á encontrarle al fondo de la escena donde se abrazan estrechamente.*)

ESCENA ULTIMA.

ANSELMO, TORCUATO, FELIPE *y los* DICHOS. *Torcuato, desgreñado, pero sin las vestiduras de reo, con semblante risueño, aunque muy conmovido: Anselmo lleno de polvo, y en traje de posta.*

LAURA.

¡Ah querido esposo!...

TORCUATO.

(*Corriendo á abrazarla.*) ¡Ah! ¡Laura mia!...

JUSTO.

(*Abrazando á Anselmo.*) ¡Mi bienhechor, mi amigo! ¿Con qué podremos corresponder á tan sublime beneficio?

ANSELMO.

En él mismo, señor, está mi recompensa. He tenido la dulce satisfaccion de salvar á mi amigo.

TORCUATO.

(*A su padre abrazándole.*) ¡Querido padre!

JUSTO.

Ven á mis brazos, hijo mio: ven á mis brazos... Tú serás el apoyo de mi vejez.

LAURA.

¡Ah! El gozo me tiene fuera de mí... Querido don Anselmo, yo seré eternamente esclava vuestra.

TORCUATO.

(*A Simon.*) ¡Padre mio!

SIMON.

(*Abrazándole.*) Buen susto nos has dado: Dios te le perdone... vaya, señores, dejemos los abrazos para mejor tiempo, y diga don Anselmo cómo se ha hecho este milagro.

ANSELMO.

Jamás sufrió mi alma tan terribles angustias. Cuando llegué á la corte estaba S. M. recogido, y mis gritos, mis clamores fueron vanos, porque nadie se atrevió á interrumpir su descanso. Yo no dormí en toda la noche ni un instante; pero tampoco dejé sosegar á nadie. El ministro, el sumiller, el mayordomo mayor, el capitan de guardias, todos sufrieron mis importunidades. En vano me decian que mi solicitud era inasequible, porque yo no los dejaba respirar. Al fin, por librarse de mí ofrecieron pedir á S. M. una audiencia, y con esto los dejé por un rato; pero empleé el tiempo que restaba hasta la hora señalada en prevenir á los que debian extender la cédula, en caso de ser el despacho favorable: con lo cual todos estuvieron prontos y propicios. A las siete me admitió el soberano. Le expuse con brevedad y con modestia cuanto habia pasado en el desafío: y le pinté con colores muy vivos el genio provocativo del marqués: el corazon blando y virtuoso de Torcuato; el candor y la virtud de su esposa: y sobre todo, la constancia y rectitud del juez, diciendo que era su mismo padre. El cielo sin duda animaba mis palabras, y disponia el corazon del monarca. ¡Ah! ¡qué monarca tan piadoso! ¡Yo ví correr tiernas lágrimas de sus augustos ojos! Despues de haberme oido con la mayor humanidad: «La suerte de este desdichado, me »dijo, conmueve mi real ánimo, y mucho mas »la de su buen padre. Anda: ya está perdo»nado; pero no pueda jamás vivir en Segovia, »ni entrar en mi corte.» Al punto me postré á sus piés, y los inundé con abundante llanto. Salgo corriendo, acelero el despacho, tomo el caballo, vuelo en el camino, y ¡oh Dios! un instante mas me hubiera privado del mejor amigo!

TORCUATO.

Querido amigo, vuelve otra vez á mis brazos: tú has sido mi libertador. ¡Cuántos y cuán dulces vínculos unirán desde hoy nuestras almas!

JUSTO.

Hijos mios, empecemos á corresponder á los beneficios del rey, obedeciéndole. Vamos á tratar de vuestro destino, y demos gracias á la inefable Providencia, que nunca abandona á los virtuosos, ni se olvida de los inocentes oprimidos.